

Buscador de la Verdad

Por RICARDO COX

La figura de Jaime Eyzaguirre ha quedado estampada en su plenitud, con su máscara adusta, alegría interior y agudeza penetrante. No había mejor comentarista que él mismo de sus propias ocurrencias, que solían tomar la forma de breves enfiladas de ingeniosas secuencias promovidas por una certera solida suya. La palabra era su fuerza, que atribuía a su lengua, origen para él de continuos escarceos. Era ésta una de las muchas paradojas de un espíritu del cual la principal era la simplicidad y complejidad. Cierta que era simple como un niño que juega y se entretiene jugando; pero también es cierto que su alma era un campo muy trabajado por una voluntad férrea al servicio de una delicadísima conciencia. Tal vez el mayor atractivo de su trato estaba en la inocencia, no espontánea, sino preservada con religioso ahínco. Posiblemente todo él se explica por la religiosidad profunda que cultivaba como la flor de su jardín. Era un cristiano que vivía en Dios, en lucha ascética por la perfección a su alcance, perseguida con enternecedora humildad. Esto lo hacía puro, enmarcado en ideales exigentes y excluyentes limitaciones. Paso a paso escalaba una senda angosta y empinada de la cual había alcanzado una especie de pináculo cuando la Providencia divina dispuso de su vida. El esfuerzo no se percibía a simple vista, encubierto por una vocación plena, a la medida de sus superiores facultades.

Su personalidad, de donde surgía su obra, estaba hecha en altura, sobre cienientos hondos. Todo su espíritu se concentraba en una finalidad unívoca cuanto ilimitada: la investigación y la afirmación de la verdad. No bastaría decir que servía a la verdad en su rumbo, la historia. Sería más exacto decir que hacía historia con espíritu de verdad, pues era éste el soplo que lo inspiraba desde el fondo del alma. La honradez, rectitud y lealtad no eran para él simples normas, sino activas pasiones. Era, pues, combativo y recto en la lucha, pero también noble, desprendido, y, sobre todo, dueño de sí para el bien en un grado muy poco común, excepcional. En sus actividades no sólo arrebató triunfos: sufrió también arteras injusticias sin por eso darle al rencor la menor entrada. Era imposible, a propósito de él, no incurrir en las comparaciones clásicas que sólo a él convenían: caballero andante de las novelas de otras épocas, y también hoja de acero bien templada. Como el Cid, sigue y seguirá combatiendo.

Formó una escuela llena de severidad y riqueza. En general, su don de crear instituciones de comunicación de ideas era una manifestación de la necesidad de dar a con-

cer cuánto con ese fin investigaban él y los demás. Fue un maestro, un universitario verdaderamente típico, digno de las más gloriosas tradiciones de Occidente. Su cátedra, como su actividad profesional, fue un laboratorio de pensamiento que ahora prolifera en muchos distinguidos continuadores. Sus libros, escritos y conferencias formaban parte de esa labor de investigador y maestro. Su vida y su obra fueron en cierto modo una misma cosa. Por eso también no se dejó distraer. En vano se quiso hacer de él un Embajador o Ministro. No consistió en desviar su camino.

Es de interés reconocer en Jaime Eyzaguirre grandeza personal. No era sólo un gran maestro, investigador, historiador llustre. Había siempre algo más en él. Desde luego su identificación con la vida pasada y presente de su patria, Chile, influyó en ello, sin duda, el ancestro. Pero ese camino que había elegido de superación respecto de los antepasados era, claro está, de lo más personal. Además, aquello era muy secundario en su vocación de historiador. Lo principal era el interés por la verdad de los hechos, las personas, las actuaciones como conocimiento de ese trozo concreto y amado de humanidad que es Chile. Visible es en su obra la concepción de la historia como restauración de la vida misma en su complejidad, especialmente a través de la mentalidad de los dirigentes. Pero esto le es común con varios. Había algo particular en él, era la intensidad, la generosidad, la vivacidad de su interés por la historia. Era a la vez erudito, investigador, escritor, profesor y maestro. Lo era profundamente en cualquier sentido. Era un testigo y un apóstol de la historia chilena. Su vocación no era una especialidad, era un sacerdocio. De ahí provino su influencia como maestro y publicista, una influencia directriz, no de intención, sino de prestigio merecido. Este historiador se elevó muy alto. Sin proponérselo, fue un genio tutelar de la ciudad, de la nación chilena. Su grandeza está en la ingenuidad de su elevado pensamiento sobre la conciencia nacional más íntima a través de sus libros y más aún de la escuela que formó con tan sólida dedicación.

Jaime Eyzaguirre pasó por este mundo arrebatado por amores a cuál más transparente. Su entusiasmo por la comunión con el espíritu nacional por medio de la historia lindaba con la apertura del alma al mensaje de eterna vida que le fuera abierta sin anuncio. No solo su imborrable recuerdo, sino su duradera obra personal y el testimonio de la escuela de investigadores y pensadores formada por él seguirán señalándonos el camino de verdad que alimenta el devenir.

El Mercurio

Santiago

29. IX. 1966

64225 f

AUTORÍA

Cox, Ricardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Buscador de la verdad [artículo] Ricardo Cox.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile